

# Los nexos vitales

**Camilo Del Valle Lattanzio**

Colombiano radicado en Alemania, docente universitario en el área de estudios literarios y culturales de la Friedrich-Alexander-Universität Erlangen-Nürnberg. Doctor en Literatura Comparada de la FU Berlín, lector, escritor y traductor de literatura, camilo.del.valle@fau.de

<sup>1</sup> Andrés Felipe Solano, *Gloria* (Madrid: Sexto Piso, 2023).

La obra narrativa de Andrés Felipe Solano contiene ella misma, a veces de forma explícita, otras veces de forma implícita, las propias claves para su análisis. Se trata de una obra que se piensa a sí misma, los límites de la narración, de la fabulación y su relación con la vida, del recuerdo y su articulación verbal. Si hay imaginación en la obra de Solano se trata de una que entiende el aproximarse a la narración como un proceso fabulador por el cual se puede llegar a las tensiones intrínsecas de aquello que llamamos vida: la imaginación como una herramienta crítica que aborda la realidad con sus claroscuros, con su ambigüedad, con su aparente inmediatez y muestra los lazos y abre la posibilidad de otros. Por eso aparecen en su obra los objetos comunes y corrientes como aquellos garantes del recuerdo, de la narración de la historia personal y nacional, pero cuyo centro permanece inasible y guarda muchas veces un núcleo de perversidad con la que se negocia, con la que se pelea como caminando sobre una cuerda floja. Esto se lee no solo de forma explícita en su diario coreano *Corea: apuntes desde la cuerda floja* sino, y sobre todo, en sus novelas, como en *Los hermanos Cuervo*, una novela en la que se entrelazan la autobiografía y la historia nacional en un impulso narrativo que, sobre todo, está halado por la nostalgia miscelánea de los objetos del pasado; o bien, en *Cementerios de neón* donde la vida afectiva de sus personajes se diluye en la oscuridad de la historia muy olvidada del Batallón Colombia y de la historia personal de sus personajes que se acercan y se alejan, crean nexos aunque estos estén siempre amenazados.

*Gloria*<sup>1</sup>, su última novela y primera publicada en la editorial mexicanoespañola Sexto Piso, es tal vez la mejor muestra de ese entramado narrativo en el que la vida de la madre en Nueva York viene a ser reconstruida y fabulada al mismo tiempo. En esta novela son los lugares materiales, también la música y los objetos, los que van arrastrando la mente fabuladora de un Yo hijo que se hace a la tarea de tejer anécdotas y recuerdos prestados en una trama que está constantemente al borde de caer en el horror. Porque sí, en todas las obras de Solano los objetos y las historias, que los entrelazan con la vida, delimitan territorios oscuros sobre los que los personajes giran evitándolos y buscándolos al mismo tiempo; territorios oscuros que se niegan mojígatamente, territorios de la sexualidad que amenazan la vida burguesa de sus personajes. Se trata pues de la vida misma, a fin de cuentas, que con su inabarcabilidad siempre se extrae de la narración, generando nuevos nexos vitales, aunque sean frágiles.

Se trata de la primera obra en la que Solano pone en el centro a una figura femenina, y no a una cualquiera, sino a la versión novelesca de su propia madre. Pero la obra está narrada desde la perspectiva específica del personaje narrador (¿autor?) que rememora, inventando al mismo tiempo, el día en que su madre Gloria va al concierto de Sandro en el Madison Square Garden de Nueva York. Se trata de un día en el que se empozan varios recuerdos y desde el cual, sobre la cartografía de su entusiasmo, se va reconstruyendo la vida del personaje, pero sobre todo tres eventos amorosos, o mejor dicho tres desamores de su vida.

La memoria, pero la imaginación también como su esencial compañera, hala la narración mostrando su estructura, su funcionamiento, como si se tratara de un edificio brutalista, y que remite a una especie de fractal en el que el narrador se zambulle por medio de digresiones que encuentran siempre gravedad en la tarde del concierto de Sandro. Como en la realidad, que está para Henri Bergson constituida por las profundidades de la memoria, el narrador de *Gloria* entiende esas profundidades de la memoria prestada como momentos de la imaginación novelesca. Los tres eventos que van a encontrar asidero en las divagaciones sobre esta noche son los tres ultrajes vividos por Gloria y sus tres grandes amores. Entonces, se trata también sobre la soledad, la soledad de la mujer que ha vivido al menos tres veces a destiempo con sus hombres (espera en vano el afecto del Tigre, desconoce la vida de su marido amordazado en Miami y vive aislada comunicativamente de su infiel pareja que muestra su verdadera cara durante un viaje por los lagos del norte de EE.UU.). Pero se trata también de una obra que, sobre todo al nivel del relato, es una historia de amor, una del hijo a la madre, el constante amor filio-materno: la fabulación es ese tipo de amor, una atención, un darle cuerpo, cara, narración al ser amado, tender hilos entre las vidas, crear nexos que se sustraen a aquellos bien conocidos de la familia tradicional.

Pero, entonces ¿por qué el horror y lo perverso? ¿Por qué siempre esa oscuridad que amenaza con cubrirlo todo? Como en Kafka, y como señala Piglia en su libro sobre la lectura, en la obra de Solano todo está centrado en el vínculo, en el nexo, en la cuerda floja que une, “una lógica que de todos modos no le es necesaria al entendimiento. Es un modo de ligar dos elementos, un nuevo modo de leer y percibir la realidad”<sup>2</sup>. Se trata de una novela que le da vida a la madre, no una que la inmola en la glorificación simplista de un niño que la admira incondicionalmente: se trata más bien de la gestación de un personaje con vida y para la vida, como en todos los libros de Solano, y como vida siempre está en una relación oscura con otros elementos, suspendida en nexos vitales pero oscuros que le dan forma a la realidad. Así funciona la memoria, ámbito impresionista por excelencia, moviéndose entre sombras y claridades, silencios y objetos, impulsos y decisiones; y cuando nos percatamos de lo que hemos vivido, notamos que solamente hemos dejado un reguero al pasar y que entonces pretendemos, al narrarlo, darle aunque sea un poquito de orden.■

<sup>2</sup> Ricardo Piglia, *El último lector*, (Barcelona: Anagrama, 2005) 57.



